

do, encuentra dentro de sí mismo la rica paz del alma, la tranquilidad de la conciencia.

Al bajar á la tumba, no le seguirán las maldiciones de nadie, y por humilde que sea su séquito, en el pequeño grupo que lo forme, irán dolientes el amor y la gratitud.

Ved la vida del que sigue la senda del mal. Siempre agitado buscando medios para satisfacer sus pasiones y sus desordenados deseos.

Ora poniéndole acechanzas á la virtud. Ora inventando medios para apoderarse de lo ajeno.

Ora exponiendo su vida á diversos peligros por atentar contra la de otros.

Ora huyendo de la persecucion de la justicia. A cada paso temiendo ser sorprendido.

Inquieto á toda hora; sin gusto para saborear los mismos placeres que ha deseado.

Prófugo unas veces, escondido otras, hambriento y miserable muchas ocasiones.

Aquí haciendo nacer un odio.

Allá inspirando recelo y desconfianza, y siempre y en todas partes el desprecio.

Preso ó perseguido, escarnecido ó ajusticiado,..... eternamente maldecido.

CAPITULO VII.

P. ¿Qué vicios son mas fáciles de adquirir en la niñez?

R. La pereza, la maledicencia, el juego, el hurto y la envidia.

P. ¿Por qué es mas fácil adquirir estos vicios, que otros de los que forman esa larga série de crímenes que escandalizan á la sociedad?

R. Porque los niños en sus primeros años no tienen idea del deber, y se inclinan mas á lo que les causa placer, sin poder distinguir hasta qué punto es permitido este. Por eso importa mucho que sepan lo que

no les conviene hacer, y que se vayan acostumbrando desde su tierna edad á moderar sus deseos, á no dejarse dominar de todo aquello que los seduzca, y á resistir las acechanzas que la perversidad ponga á su tierno corazón.

P. ¿Pues qué, puede haber personas que se empeñen en pervertir á un niño?

R. Desgraciadamente las hay entre ellos mismos, que son los enemigos mas peligrosos, porque á causa del inmediato contacto en que están y por las simpatías de la edad, los mas avisados ó los mas audaces influyen de una manera poderosa sobre sus compañeros; bastando uno solo de esos niños malignos para descomponer ó pervertir á muchos buenos.

P. ¿Qué otras personas pueden ejercer esta funesta influencia?

R. Todas aquellas que se ponen en contacto con los niños, si no tienen el tino, la prudencia y la circunspeccion que se necesitan, para dar á estos, buenos consejos y buenos ejemplos.

Muchas de estas, entre las que se cuentan algunos padres de familia, ó descuidan absolutamente la direccion de sus hijos, creyendo que basta pagar á alguna otra persona por su educacion, ó tienen por excesivo amor á estos, condescendencias ó disimulos que son los medios mas propios para extraviar el espíritu de un niño.

Otras, lo cual sucede generalmente entre los criados y algunas personas indiferentes, olvidando el respeto sagrado que se debe á la infancia, ó no comprendiendo el grave mal que hacen, se permiten decir en presencia de aquellos, palabras obscenas ó indecentes, ó apuntar algunas indirectas, excitando su malicia, ó ejecutar acciones que solo pueden inclinar al niño á la ira, á la burla, al desprecio, á la murmuracion y á otros muchos actos soeces é indebidos que seria prolijo enumerar.

Así es como con la mayor facilidad, y por medio de ejemplos que son los que mas impresionan á los niños, muchas de las perso-

nas que á ellos se acercan, los pervierten intencional ó indirectamente.

Así es como aquellos se acostumbran á pasar largas horas entregados á la ociosidad y á fútiles conversaciones: á ver sin conmovirse y hasta con cierto aire de insolencia las necesidades de sus semejantes, burlándose del mendigo que llega á implorar los auxilios de la caridad: del compañero suyo que no lleva los mismos vestidos que él: del anciano achacosó ó de otros seres desgraciados con quienes la naturaleza no ha sido tan pródiga como con ellos lo fuera.

Así es, en fin, como desde la mas temprana edad se dejan caer por manos inexpertas ó malignas, en el cándido corazón de un niño, las semillas del mal, para que mas tarde produzcan los frutos envenenados, que por fuerza tienen que dañar á la sociedad.

PEREZA.

Entre esos vicios hemos señalado en primer lugar á la pereza.

P. Veamos, qué es pereza?

R. El hábito de consagrar muchas horas del dia al placer, á la distraccion y al pasatiempo.

P. ¿Pues qué, la vida tan llena de penalidades, no es por sí sola una carga bastante pesada, para que ademas tengamos que empeñarnos en hacerla insoportable por el trabajo?

R. La vida es en efecto trabajosa, porque hay en ella muchos acontecimientos que nos llenan de amargura, y que no podemos evitar; pero estos, léjos de dulcificarse en la ociosidad, se hacen mas vehementes, porque impresionado el hombre por una sola idea, ó por un solo sentimiento, se ve al fin subyugado; y si en sus manos no está remediar el mal que le atormenta, necesariamente tiene que caer en los excesos de la desesperacion, ó en un profundo abatimiento.

P. ¿Y no podrian salvarle estos dos extremos?

R. De ninguna manera; porque la desesperacion conduce al suicidio: el abatimiento á la postracion y á la nulidad.

P. ¿Pues qué recurso queda en esos lances supremos en que el dolor, las decepciones de la vida ó la miseria, vienen á amargar la existencia de un individuo ó de una familia?

R. El trabajo y la resignacion.

El trabajo bendecido por Dios, recompensado con usura por la naturaleza: santificado por la sociedad, y aceptado por el hombre como el único medio mas propio y eficaz para desarrollar sus facultades naturales ó intelectuales, para hacer fructuosos todos los elementos de que él mismo puede disponer, y para proporcionarse horas de tranquilidad, mirando que sus afanes aseguran su porvenir, el de su familia y el de todas las personas que de él dependan.

P. ¿Pero á qué trabajos pueden entregarse los niños?

R. Ciertamente que no pueden ni deben entregarse á trabajos rudos y fatigosos, pero sí deben acostumbrarse á emplear útil y provechosamente el tiempo: á distribuir metódicamente las horas de este, aun para sus

diversiones y sus juegos, y sobre todo, á no dejar pasar un solo dia sin aprender algo, ya de los libros que en sus manos se ponen, ya de las sábias máximas que sus padres ó preceptores les inspiren.

P. ¿Qué fruto sacarán de esto?

R. Acostumbrarse á no desperdiciar el tiempo, á no pasar la vida en la indolencia, y á reunir un caudal de conocimientos, que mas adelante les servirán para la vida práctica.

Aborrecerán la holgazanería, y habituados desde la infancia á no tener en inaccion sus facultades fisicas ó morales, buscarán en el ejercicio de ambas el remedio á sus necesidades corporales, la satisfaccion á las inclinaciones de su espíritu, y la distraccion que produce emplear algunas horas en buscar una verdad ó en hacer brotar del seno de la tierra, lo que para las necesidades propias, ó para las de los demas es provechoso.

MALEDICENCIA.

P. ¿Qué cosa es maledicencia?

R. El hábito de hablar con inexactitud, con falsedad y sin criterio de las personas cuya reputacion se quiere vulnerar, sabiendo que no hay razon para ello, ó aunque la haya para juzgar mal de ciertos actos, haciéndolo con el intento de rebajar el concepto que aquellas gozan.

P. ¿Qué mal puede traer esta severidad para juzgar, cuando al contrario con ella se pueden corregir muchos vicios?

R. La maledicencia no juzga sino que calumnia, porque ó se dicen bajo sus inspiraciones cosas inexactas ó enteramente falsas, y en ambos casos se falta á la verdad, ó se dicen cosas ciertas; pero con la intencion dañada de menoscabar la reputacion y no de corregir un vicio, y entónces la severidad del juicio no se dirige al hecho, sino á la persona; ni se emplean frases y medios adecuados para la persuasion, sino que solo se trata de zaherir y vilipendiar.

P. ¿Por qué es fácil adquirir este vicio en la niñez?

R. Porque desgraciadamente la maledi-

cencia comienza por la murmuracion, y esta se puede emplear con tanta facilidad y aun con tanta gracia algunas veces, que las personas mas vulgares se acomodan sin trabajo ni violencia á ese estilo, en que tanto puede usarse el sarcasmo como el chiste, y los niños que no están en aptitud de juzgar de los hechos ni del estilo, se dejan seducir fácilmente por una chanza insulsa, por una grotesca sonrisa, ó por una mirada burlona y maligna, y se acostumbran á ver como una diversion ó un pasatiempo estos actos innobles, y así van perdiendo el respeto á los demas, se lo pierden á sí mismos, y se habituan á no tener consideracion de ninguna especie.

P. ¿Qué tan poderoso es el influjo de la costumbre?

R. La costumbre es una segunda naturaleza, y la experiencia demuestra diariamente cuán profundamente se arraigan en nuestro corazon los hábitos de la primera edad.

A esto debe agregarse que por desgracia

muchas personas no pueden sostener una conversacion ni darle interes, si no es á costa de la reputacion de algun individuo, y con este ejemplo que se hace mas repugnante y mas odioso porque muchas veces la víctima es un amigo ó una persona de quien se han recibido servicios y beneficios, los niños se van acostumbrando á la falta de moderacion, á la falta de lealtad y á la ingratitude, principalmente si las personas á quienes ven practicar estos actos son queridas y respetadas de ellos.

P. ¿A qué puede conducir la maledicencia?

R. A la ruina de uno ó muchos individuos, á lances desastrosos y á sembrar la discordia no solo en una familia, sino en muchas; haciéndose trascendentales las consecuencias á toda la sociedad.

P. ¿Segun eso la maledicencia debe ser vista con horror?

R. Con repugnancia y con desprecio, porque el que se acostumbra á ella, tiene que extinguir ó sofocar los mas nobles ins-

tintos del corazon, reemplazándolos con acciones ruines y villanas, que hacen despreciable al que las ejecuta, aun cuando por un momento haya podido parecer que eran recibidas con agrado, pues aunque por desgracia haya en la sociedad personas ligeras, vanas ó mal intencionadas, que aplaudan al charlatan que habla de lo que no entiende, al calumniador que dice lo que no es cierto, ó al juglar que por divertir á una concurrencia inventa chistes y bufonadas, que vulneren la reputacion de alguno, nunca faltan personas sensatas y honradas que vean con indiferencia al primero, y con desden y desprecio á los segundos. La maledicencia, en fin, lleva en sí misma la falta de justicia, y no puede hacerse lugar al lado de las otras virtudes que acompañan á esta; teniendo por consecuencia que hacer del hombre que le dé entrada en su corazon, un sér malvado y despreciable.

EL JUEGO Y EL HURTO.

Muy penoso es, tratándose de las cos-

tumbres de los niños, tener que hablar de ciertos vicios tan degradantes como son el juego y el hurto; vicios que aun en los hombres ya formados, no quisiéramos sospechar que existiesen; pero la naturaleza humana, débil y miserable en todas sus épocas, presenta con frecuencia estas aberraciones que por desgracia tienen mas fácil acceso en el corazón de un niño, que sin reflexion ni experiencia, acepta los vicios, no juzgándolos como tales, sino como una de tantas diversiones propias de su edad, á las que cree le es permitido entregarse.

Por eso es mas peligrosa cualquiera condescendencia que se tenga, y lo seria mucho mas la omision que se tuviera, pretendiendo hacer creer que en los niños no hay ciertas inclinaciones, y que seria hasta una ofensa suponerlas en ellos.

Lo cierto es y lo demuestra diariamente la experiencia, que aquellos cuando no son bastante vigilados y advertidos por consejos oportunos, ó castigados si fuere necesario, son inclinados al juego y al hurto, co-

menzando por hacer entre ellos mismos ligeras apuestas de las dádivas que reciben de sus padres, ó de los amigos de sus familias, y acabando por apostar los objetos que llevan sobre sí, ó que están destinados para su estudio, ó lo que es peor, tomando lo que queda descuidado en las casas, ó lo que está depositado en las gavetas ó bolsillos de sus padres; siendo lo mas desagradable que no faltan personas grandes ú otros niños audaces, que para explotar á aquellos, los inducen á cometer estos actos indignos.

Tambien se ve que algunas veces toman objetos de sus casas, de otras partes, ó de sus mismos compañeros, para cambiarlos por fruslerias ó golosinas, ó para tener con que satisfacer la pasion del juego, que por ser una de las mas vehementes y por estar íntimamente hermanada con la ociosidad, y con la curiosidad que tan vivamente despierta el deseo de los niños por conocer los misterios de la vida del hombre, al que desean imitar desde sus primeros pasos, se arraiga de tal manera en su corazón, que

no es extraño ver niños que solo por presenciarse una partida de juego, que muchas veces se tiene la imprudencia de emprenderla á la vista de ellos, olviden el sueño y la comida, y aun sus diversiones favoritas.

Es por lo mismo muy importante no tener en este punto la mas ligera tolerancia ni el mas leve disimulo, y hacerles comprender todo lo repugnante que es aficionarse á juegos en que se atraviesan apuestas, y en los que sin contar con todas las acciones groseras ó inconsecuentes que los acompañan, con todas las palabras soeces que se dicen, con todas las aptitudes humillantes é indecorosas á que tiene que sujetarse el que se acerca á un grupo de jugadores, sin contar con todas las deplorables consecuencias que producen siempre estos entretenimientos, el principal objeto de los que á ellos se entregan, es ver cómo los unos quitan y despojan á los otros de lo que tienen y poseen, lo cual ciertamente no es para un corazón bien formado, que debe rechazar con indignacion esta manera violenta de apoderarse de lo

que á otro pertenece, causando tal vez la ruina de una ó muchas familias.

P. ¿Por qué se ha tratado juntamente en este capítulo del hurto y del juego?

R. Para que los niños comprendan el íntimo enlace que hay entre estos dos vicios, y lo fácil que es pasar del uno al otro, ó adquirir los dos á la vez.

P. ¿Pues qué todos los que juegan pueden hurtar?

R. Esta cuestion tratada en general y de una manera detenida, podia presentar en último análisis faces muy odiosas; pero restringiéndola únicamente á los niños, es de creer que no teniendo estos, elementos de que disponer ni recursos propios, si llegan á adquirir pasion por el juego, para satisfacerla tienen que apelar á esos pequeños hurtos, que no por ser de objetos ó cantidades insignificantes, pierden su carácter.

P. ¿Por qué no ha de ser permitido á los niños entregarse á los juegos de naipes, roleta, y otros, cuando la edad de la niñez es precisamente la de las distracciones?

R. Porque hasta el padre mas infeliz y desgraciado puede proporcionar á sus hijos juguetes y juegos inocentes, que sin perturbar su espíritu ni corromper su corazon, los hagan pasar horas deliciosas y divertidas.

P. ¿Pues cuáles deben ser los juegos de los niños?

R. A estos todo les entretiene. El objeto mas insignificante les sirve para sus diversiones, pero el buen padre de familia debe procurar con el mayor empeño, hacer que estas se dirijan principalmente al desarrollo físico y moral de sus hijos, y á todo aquello que ponga en accion los sentimientos nobles del corazon.

P. Por qué reprueba la moral el vicio del juego?

R. Porque esta tiene el mayor empeño en que el corazon del hombre sea un tesoro de nobleza y de generosidad. Porque quiere que aquel nunca se aparte de la justicia, y siendo estas virtudes incompatibles con las miserias de la pasion que combatimos,

la moral que quiere la elevacion del hombre, y que este no descienda hasta el punto de tener que avergonzarse de sí mismo, toma á su cargo indicarle lo que es malo, y pone un sello de reprobacion á todas las acciones que no marchan de acuerdo con sus miras nobles y elevadas, en favor de la dignidad y de la felicidad humana.

P. ¿Pueden considerarse como hurtos los que los niños hacen en sus casas?

R. Desde el momento en que se toma algo ocultamente y sin la voluntad de los únicos que puedan disponer de ello, se comete un verdadero hurto, y estos de que nos ocupamos, son tanto mas odiosos por llevar en sí la falta de respeto á la autoridad doméstica: porque no pudiendo creer un padre que sus hijos cometan acciones tan vergonzosas, se siente mas inclinado á culpar á sus criados ú otras personas, ó á sospechar de ellas; y por último como la prueba mas evidente de que se ha cometido una accion indigna, el mismo que la ha ejecutado no puede dejar de avergonzarse ante sí mismo.

P. ¿Y con las cosas halladas en las calles ú otros lugares, qué deberá hacerse?

R. Si uno ha visto quien ha dejado olvidada tal ó cual cosa, ó la ha tirado por descuido, es indudable la obligacion que hay de advertirle desde luego su olvido ó su descuido, devolviéndole en el acto lo que dejó, sin exigir por esto remuneracion de ninguna clase, á no ser que voluntariamente quiera esta persona hacerla, en cuyo caso puede recibirse.

Si se ignora quién es el dueño, debe averiguarse prudentemente, y mediante las señales que se den de la cosa hallada, debe devolverse.

Si no se llegare á saber despues de haberlo intentado con empeño, quién sea el dueño, se podrá disponer de lo que uno encontrare, como de cosa propia.

EBRIEDAD.

No es este un vicio propio de la niñez.

Por el contrario, ningun atractivo deben tener para los niños, licores acres y estimu-

lantes que mas bien deben lastimar, que halagar, sus delicados órganos.

Tampoco pueden tener atractivo para aquellos los gritos, las imprecaciones y esos arrebatos impetuosos que caracterizan la embriaguez.

Pero á pesar de todo esto, y supuesto que ven diariamente ébrios que andan por las calles públicas y por los paseos, no creemos hablar de una cosa que les sea desconocida, y si juzgamos de bastante utilidad, hacerles comprender cuánto degrada este vicio al hombre, y con cuánta facilidad se puede adquirir, si no se acostumbra uno á verlo con toda la repugnancia que merece, y á evitar las ocasiones que á él pueden conducirnos.

Hay por desgracia un terrible escollo que puede hacer fracasar á la inocencia, y por lo mismo es necesario estar muy prevenidos para evitarlo.

Ese escollo lo forman, el deseo de imitar las acciones de los hombres: la curiosidad como hemos dicho ántes, por penetrar y conocer esos profundos misterios de lo que

se ha llamado la ciencia del mundo, y por último, la pretension que tienen de aparecer como hombres gastados y de profunda experiencia, los que apenas comienzan á vivir.

Por esto se ve que á pesar del desagrado y disgusto que producen los licores alcohólicos y embriagantes, muchos jóvenes que por este motivo no los probarian, se empeñan en vencer la resistencia que por las primeras veces sienten, creyendo parecer hombres completos, mientras mayor es el garbo con que apuran una copa.

Y se les ve hacer invitaciones en este sentido, y reunirse en los cafés ó en otros lugares públicos, á gastar en licores lo que con mas gusto gastarían en helados ú otras golosinas; pero á fuerza de pretender ser hombres de mundo, y de creer que en esto consiste la experiencia, el valor y todo lo demas que desean alcanzar, comienzan por estragar sus gustos, por habituarse á un lenguaje licencioso, á miradas provocativas, y acaban por perder la estimacion pública.

Las costumbres sociales contribuyen tam-

bien por desgracia al desarrollo de este vicio. No hay fiesta de familia, no hay acontecimiento público ó privado, que no se celebre entre otras cosas, si no es con frecuentes libaciones.

Los licores, desde los mas vulgares hasta los mas exquisitos, forman la parte mas importante de estas fiestas, haciéndose de ellos la mas abundante provision, y aunque el que recibe en su casa convidados ó amigos, tenga quizá razon para tratar de obsequiar y halagar á estos por cuantos medios le sea posible, aquellos mismos, para corresponder á esta delicada atencion, no deberian usar de ellos, sino con la mayor moderacion, á causa de que no hay cosa que pueda producir con mas facilidad desórdenes, faltas y disgustos, como el uso excesivo del licor.

Por una desgracia bien lamentable, los jóvenes son los que con mas frecuencia se entregan á estos excesos, exponiéndose á cometer muchas impertinencias, y creyendo tal vez que es un medio eficaz para granjearse las simpatías, excitar su espíritu por